

# Necesidad, libertad, amor

.....  
**Antonio Calvo**

Del Instituto E. Mounier  
 .....

## El ser necesario

La experiencia de la *contingencia* parece ser universal. Sin embargo, de esta experiencia universal no se concluye, inevitablemente, la existencia de un ser necesario. Ni siquiera aceptando la existencia de un ser necesario, se deduce, sin más, la de un ser creador. Caben, al menos, tres posturas ante el hecho de la contingencia: afirmar un ser necesario, negarlo, o dejarlo en el desconocimiento.

## El ser creador

Asunto muy distinto es el de la creación. «Amas a todos los seres... Señor que amas la vida» (Sb 11, 24-26)

La *creación* es la manifestación, más que de la omnipotencia, del amor gratuito que Dios es en sí mismo, un amor que por sobreabundancia «quiere», «es» comunicación.

Es cierto que el amor humano es libre o no es, porque la persona sólo es posible por la libertad, y el amor es la expresión plena de un ser libre.

Sin embargo, cuando hablamos de Dios —más que ser—, cualquier lenguaje —siempre humano—, se queda apenas balbuciendo el misterio que nombra y, por esta razón, decir: «la creación es un amor que da el ser al mundo» (cap, 1 de *Creación, gracia y salvación*, de Juan Luis Ruiz de la Peña) requiere previamente una narración, una historia que nos lleve a la experiencia de la que puede nacer esa afirmación.

Hemos necesitado el largo camino de la historia para *caer en la cuenta* de lo que Dios quería siempre decirnos. Más aún, si hemos podido hablar de Él sólo ha podido ser porque siempre hemos sido llamados por Él, porque constantemente estamos siendo pro-

movidos a configurar su rostro con el nuestro por su permanente acción creadora. Y la escucha de esta llamada es posible porque las personas somos constitutivamente *teo-logales*. Dios es la razón del hombre.

## Experiencia de hijo

Ahora bien, la experiencia de Dios Padre/Madre, que ha sido posible en la tradición de la *Alianza*, una experiencia anterior a la de *Creación*, a la que hizo posible, viene de una experiencia de relación dialógica, no de la idea de un ser necesario.

Por supuesto, si se afirma la existencia de Dios como ser, es ineludible y consecuente afirmar, en este caso, que todo lo que es necesita de quien fundamenta el mismo ser, para poder ser. (*Ser* es un verbo de realidad, nuestra interpretación de esa realidad que nos impresiona vitalmente).

Pero aquí ya hemos dado pasos que no son claros por sí mismos. La afirmación de la existencia de algo contingente es menester conectarla con la de un ser necesario, conexión que no se hace por sí sola.

Por otra parte, es un hecho histórico que la relación que ha experimentado la tradición judeo-cristiana entre Dios y Dios-creador, no la han realizado otras tradiciones. La experiencia de un Dios personal, tú del hombre, no la tuvo el mundo griego.

Mucho menos deriva la contingencia y la afirmación de un ser necesario en la experiencia de hijos y en la afirmación de que Dios es Padre/Madre amoroso de todos los hombres.

Así pues, si es cierto lo que vamos diciendo, la contingencia no nos lleva, sin más, a la afirmación de un ser necesario y, aún llegando a afirmar la existencia de este ser, no estamos afirmando un ser cuya existencia nos podría salvar, que es lo que verdaderamente nos importa. Es, pues, el de la metafísica del ser, un lenguaje clara-

mente insuficiente para dar razón de nuestra experiencia personal.

## Metafísica del amor

Si pasamos del lenguaje de la metafísica del ser al del lenguaje personalista judeo-cristiano, una metafísica del amor, nos encontramos con palabras como: amor, gratuidad, padre y persona, que, siendo también nombres de experiencias humanas, como las del ser, codifican, sin embargo, una experiencia humana mucho más poderosa en capacidad explicativa acerca de lo que el misterio de la vida personal nos muestra.

No se niega en esta tradición que Dios sea el ser necesario, pero el concepto de necesidad, así, en frío, no dice apenas nada.

En la tradición personalista cristiana, la experiencia del amor, que reconocemos como nacida de un Dios Amor, que consiste en amar, ha culminado en Jesús el Cristo en la experiencia de *filiación*, de ser hijos de un Dios que podemos experimentar como Padre y Madre entrañable. Y con esta nueva luz se recrea toda la experiencia humana, desde el percibir hasta el amar, en un ejercicio permanente y necesario de libertad.

Afirmaciones, tal vez atrevidas y, quizás erróneas, como que: *el mundo y el hombre son necesarios para la comunicación de Dios*, que vienen al ser llamados por su amoroso poder creador, nos ponen en ebullición, desencadenando un vértigo de hambre de clariver en una corporeidad limitada que comienza a caer en la cuenta, al hacerse conciencia de criatura personal.

## Las preguntas de la vida

Y las preguntas surgen a borbotones. ¿Sabríamos algo de Dios si Él no fuera Amor? ¿El Amor, como Ser, no conlleva la comunicación y, por eso, la comunión creadora? ¿Crear es, por

tanto, «inevitable» para un Dios que consiste en amar? Quizá Dios sea autosuficiente y no necesite nada, ni a nadie, pero lo que Él, de hecho, ha querido, si lo que hay es creación de amor, ¿no manifiesta su ser real y no sólo una decisión que podría haber sido o no?

Aceptando que el mundo y el hombre —creador creado— están en Dios, son por Él y con Él, sin dejar de ser enteramente sí mismos (*pan-en-teísmo*), que han sido llamados a la vida por «necesidad de Amor», ¿se merma un ápice la libertad supuesta en Dios?

¿Puede Dios querer lo que no es?, ¿puede no querer lo que es?

Las características constitutivas y necesarias en un ser personal, como la libertad y el amar, ¿no son en Dios su propio ser?

Si esto es así, ¿tiene sentido hablar de libertad en Dios? ¿No es, más bien, la libertad una condición necesaria en el hombre? ¿No es más apropiado hablar de Dios como un Amor que ama siempre, por tratarse de la única realidad verdaderamente creadora, infinita, eterna, poderosa, por quien todo lo que existe es llamado a la existencia, a la vida desde su vida, a participar de su vida, a la libertad de un amor creador que en Él es su ser?

¿Si en Dios hubiera distancia entre el ser y el querer, seguiría siendo amor?

¿Amar no conlleva asimetría, abajamiento que hace lo posible por llevar a la plenitud a cada ser según su propia consistencia?

¿Amar no es caer en la cuenta de que yo no puedo ser sin el tú, y que la

vida consiste en desvivirse en la comunión?

### Sin amor no hay vida

Quizá pueda ser cierto que Dios es el único ser necesario, y alguno crea in-

crea que la afirmación de un único ser necesario conlleva la autosuficiencia, la no necesidad del hombre y del mundo, pero, en este caso, se quedaría encerrado en un amor sin narrador, sin relato, sin tú, una pura contradicción, una *in-ex-sistencia*.

Por el contrario, el misterio del amar nos abre, balbuciendo, el misterio del ser, y éste parece manifestarse como la Vida que llama a la vida personal para que, reconociéndonos criaturas, no confundamos la inmensa grandeza que descubrimos desde nuestra humildad de *criaturas*, con humillación. Porque nuestro tiempo no está en otro ámbito que en la eternidad; nuestra acción y nuestra pasión surgen en el proceso amoroso de la creación y en él se desarrollan participando; nuestro ser es llamado a la vida y es razonable esperar, que a una vida recreada, resucitada; nuestra palabra y la existencia entera es para narrar con nuestra presencia y nuestra figura, en la historia eterna, el misterio de Amor que nos hace vivir.

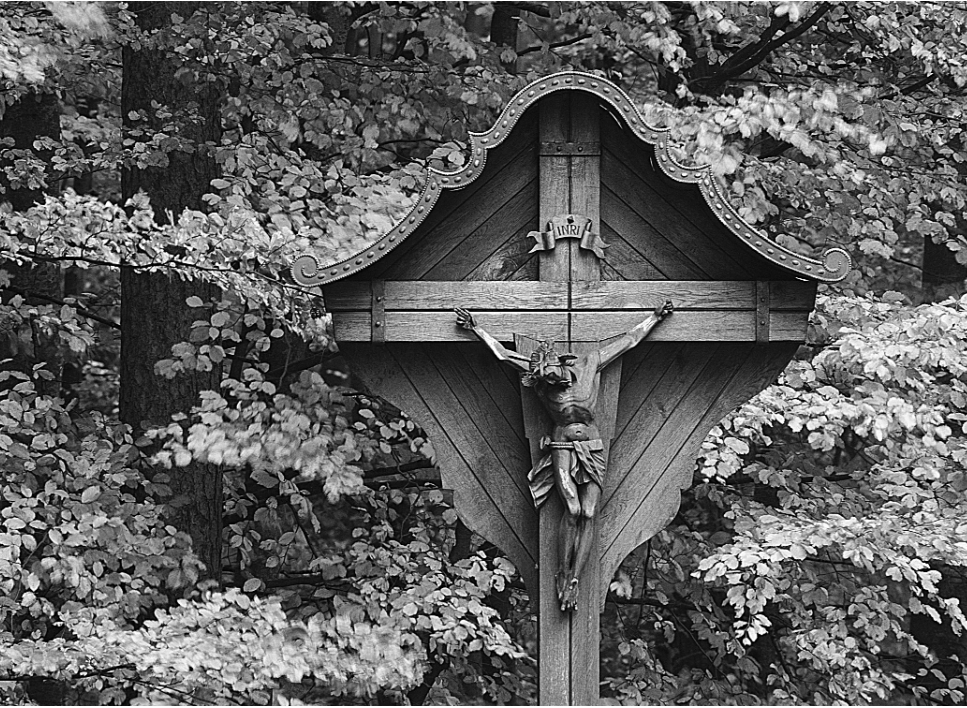


### El Dios necesario

No es necesario cualquier ser, ni siquiera es necesario un Dios sin rostro. El proceso inacabable de «caer en la cuenta» que, en sus momentos de mayor lucidez, nos lleva a reconocer que: «para venir a serlo todo, no quieras ser algo en nada; para venir a saberlo todo, no quieras saber algo en nada», parece mostrarnos una leve, pero suficiente luz, entre tanta noche.

*El Dios necesario es un Dios Padre/Madre, creador entrañable que*

evitable afirmarlo contundentemente, como una necesidad de razón, para preservar así su carácter único, y su inefable grandeza, al modo en que lo hizo Tomás de Aquino; quizá alguno



hace lo posible para que cada ser alcance su plenitud. La dificultad está siempre de parte de la criatura.

Si esto es así, podríamos pensar otros posibles mundos, otras maneras de comunicarse, otras formas de llamarnos a participar en su vida, pero tendríamos que contestar a las preguntas que surgirían de la nueva situación, por ejemplo: ¿se podría haber evitado el mal?

Todo nos lleva a que «Dios hace lo que puede». Por eso, a la luz de la experiencia de que somos hijos de un Padre/Madre entrañablemente amoroso en su creación permanente y gratuita, debemos actualizar todo.

A mí parecer, unir la experiencia del «infinito verdadero», con la de Padre/Madre y Creador amoroso es una tarea que puede iluminar la encarnación, una idea del hombre y de Dios que es menester actualizar.

Dios es el ser necesario, pero se nos manifiesta como amor entrañable en Jesús el Cristo y, por eso, para Él, por-

que Él es así y, por lo tanto, así quiere, *el mundo y el hombre son ya necesarios para Él, necesidades de Amor*. Amor que se manifiesta en los hombres en la misteriosa paradoja del amor, que convierte el amar —lo más libre—, en un tener que desvirarse por aquel a quien ama, sin que ese esfuerzo responsable sea nunca una carga pesada, sino la fuente de la recreación y de la alegría porque nace de un ser agradecido.

El ser necesario se nos manifiesta pues en la historia como el Dios que busca al hombre, que lo llama sin descanso, que le perdona siempre y le hace vivir. Así mismo, se manifiesta en la historia encarnado, de tal manera que el mundo está en Él y Él en el mundo trascendiéndolo, es hombre.

Quizás, a la luz de esta experiencia, no sea un disparate afirmar que la gratuidad —*agape*—, necesita el camino del *eros* y de la *amistad* para inventarse en el hombre.

Tampoco parece mucho atrevimiento, después de haber afirmado a

Dios como hombre y como Padre, afirmar que, si Dios quiere ser —para el hombre— necesita encarnarse en mundo y en hombre.

La alternativa a esta realidad misteriosa no parece ser otra que el desconocimiento por incomunicación. Ser, y no ser para alguien, mete a Dios de lleno en la *in-ex-sistencia*. Ésta, sin embargo, por nuestro bien, porque Dios quiere, porque ése es su ser real, no es la realidad real.

La realidad se manifiesta como una historia de amor, una historia del amar de Dios al hombre en el que Dios-Mundo y Hombre no se pueden ya concebir separados, ni confundidos, y este misterio que consiste en una historia de comunión es el que nos salva y debemos actualizar

incansable y apasionadamente, con alegría.

El *reino de Dios* es esa realidad que viene del ser de Dios y culmina en la resurrección y plenificación de todo lo creado, construyendo en la historia la libertad del hombre, una historia de amor y de pecado iluminada por la encarnación de Dios en Jesús el Cristo, a cuya luz es razonable y creíble, por tanto, la esperanza de una resurrección que no está en nuestro ser, sino en su amor, en esa relación interpersonal única por la que estamos unidos a la Vida, y por lo cual la vida humana debería ser siempre agradecida y, en consecuencia, gratuita y alegre.

Sin embargo, como el claro oscuro de la historia no nos hace caer en la cuenta de esta maravilla, de este asombroso misterio en el que vivimos y que nos hace vivir, es necesario el *purgatorio*, ese momento de lucidez que nos permita mirar a Dios cara a cara, para poder mirar, definitivamente, al hombre al corazón.